

EL «PORTAESTANDARTE» DEL ULTRA Y SU OBRA

CARLOS GARCÍA

De entre las figuras prominentes del Ultraísmo, del que este año se celebra el centenario, sobresale Isaac del Vando Villar, el «portaestandarte» del Ultra, según lo apostrofara Juan González Olmedilla.

Fundador y director de la revista *Grecia* (Sevilla, octubre de 1918), timonel de su etapa más vanguardista (Madrid, 1920), Vando acompañó y en parte decidió la evolución del movimiento, no solo desde esa publicación, sino como organizador de numerosos actos y, más tarde, como fundador y director de *Tableros* (Madrid, 1921-1922). Es justo que ahora se reimprima su primer y único libro en solitario, junto a una selección de sus poemas y prosas.¹

Vando Villar había nacido en 1890 en una pequeña localidad en las cercanías de Sevilla, a la que dedicó uno de sus más bellos poemas, ya no ultraísta, sino de resonancias lorquianas: «El viento en Albaida del Aljarafe». Fue, por adopción y convicción, sevillano, imbuido de la misión histórica que, a su modo de ver (y al de Adriano del Valle, su leal amigo), debía cumplir la ciudad, quizás una de las bases para su mesianismo literario en tierras americanas, en un viaje de conferencias que lo llevó en 1922 a Uruguay, Argentina y Brasil.

Teniendo en cuenta el rol de Vando y su contacto con todos los ultraístas de la península y varios de Hispanoamérica, cuesta aceptar que apenas existen publicaciones serias y de fondo sobre don Isaac. Descontando artículos en la prensa coetánea y su supervivencia en el anecdotario o en las correspondencias de otros autores, apenas hay literatura sobre él. (Se le han dedicado algunas tesis, sí, pero todas son inéditas o no han superado aún las murallas del mundo académico.)

Dos excepciones deben resaltarse antes de la aparición del libro aquí comentado. En lo biográfico, el imprescindible *Los papeles perdidos de Isaac del Vando (1890-1963). Documentos inéditos de un apóstol del Ultraísmo* (2003) de Paulino González y Rogelio Reyes Cano; desde el punto de vista de la crítica, el ensayo de Roberta Ann Quance sobre *Rompecabezas*, la obra teatral que Vando escribió con

¹ Isaac del Vando Villar, *La sombrilla japonesa y otros textos*, edición de José María Barrera López y Rogelio Reyes Cano, Sevilla, Ulises, 2019, 165 páginas (Avant-garde, 4).

Luis Mosquera en 1921 («Love and the woman artist: an ultraísta puzzle», *Journal of Iberian and Latin American Studies*, 2010).

No es casual que el investigador, docente y catedrático José María Barrera López (Sevilla, 1955) sea, una vez más, quien se ocupe de algún ultraísta, de algún sevillano, de algún andaluz: desde hace decenios, Barrera López ofrece, libro tras libro, artículo tras artículo, revista tras revista, un amplio panorama de lo que la región y la época dieron de sí. Monografías sobre Rogelio Buendía y Pedro Garfías, ediciones de las revistas *Grecia*, *Vltra*, *Horizonte*, *Mediodía* y, próximamente, *Tableros*; decenas de artículos no solo pero sí especialmente sobre el Ultraísmo, al que dedicó ya un temprano compendio en dos volúmenes (*El Ultraísmo de Sevilla*, 1987): la historiografía del movimiento hubiera sido muy otra, más pobre y más oscura sin su incansable contribución.

El otro responsable del volumen, Rogelio Reyes Cano (Lora del Río, 1940), es también catedrático, pero con un trasfondo diferente: sus numerosas publicaciones de las décadas del 70 al 90 se centran principalmente en autores clásicos, desde el Siglo de Oro hasta el XIX. Recién a partir del año 2000 se percibe una transición hacia la literatura más moderna. Si bien Reyes Cano no abandona sus antiguos intereses, dedica su atención a autores sevillanos del siglo XX y a sus relaciones con miembros de la llamada «Generación del 27». Como quedó dicho, Reyes Cano fue co-editor del meritorio volumen sobre Vando aparecido en 2003.

En suma: no podía hallarse en España una mejor dupla para editar este libro que la conformada por Barrera López y Reyes Cano, con excelentes conocimientos del archivo de Vando Villar.

El volumen está hecho con solvencia y buen saber, desde la «Introducción» biográfica (7-59), pasando por la «Bibliografía» (60-66), hasta el cuidado trabajo de selección y edición de los textos (67-155): el de *La sombrilla japonesa* es cotejado con el de las tres ediciones existentes (dos de 1924, una de 1980); los demás (poemas, prosas, prosas poéticas de los años 1919 a 1924) son reproducidos de las fuentes hemerográficas originales.

Si acaso, se echan de menos en el libro comentarios al decisivo papel jugado por Vando Villar en la ruptura entre el Ultraísmo y Huidobro, o su intensa pero cambiante relación con Rafael Cansinos Assens. (La displicente actitud de este para con Vando puede seguirse en las páginas de su *La novela de un literato*, mezcla de diario y libro de memorias.)

Vando era de personalidad ciclótmica, propenso al rápido entusiasmo pero también al sordo ensimismamiento y a la abulia. En la serie «Madrid-París. Álbum de retratos», Guillermo de Torre lo definirá como «meridional de anverso melancólico y reverso jocundo» (*Grecia*, núm. 48, Madrid, 1 de noviembre de 1920, pág. 11).

Vando Villar parece haber estado de acuerdo con esa descripción, ya que la adopta ufanamente en *La sombrilla japonesa* (73).

En el texto que abre el primer número de *Tableros* (noviembre de 1921) dice Luis Mosquera: «En esos instantes de buen humor, yo no soy yo, sino algo muy extraño a mí, colocado a una gran distancia, esfumada y humosa, como a través de flequeados tapices de lluvia». Esa melancólica constatación podría haber salido de la pluma de Vando, a pesar de que sus poemas carecen de la profunda poesía que exhala.

Lo cierto es que la salud mental de Vando Villar era algo tambaleante; luego de varios episodios a lo largo de su vida (el primero ya de muy joven), la enfermedad terminó por sumirlo en la letargía. Absorto y cavilante, pasaba horas sentado a la puerta de su negocio de antigüedades. Se extinguió en 1963, unos meses antes que Cansinos. En su poema «Jardín» había dicho: «En el fuego apagado de la tarde/ Eran cenizas mis versos».

Queda su obra de promotor cultural, de aglutinador de voliciones. El libro aquí comentado es un muestrario de la vanguardia española, que sintetiza el paso del novecentismo a varios ismos de comienzos de los veinte: de la erupción ultraísta al ramonismo, los juegos visuales emparentados con el futurismo y el cubismo, el ansia de superación, pero también el anclaje en la tradición, que preanuncia el neopopularismo del 27.

Mención especial merece la editorial Ulises, que, aparte del buen trabajo tipográfico aquí realizado, ha publicado también, en la misma colección, libros del nunista Pierre Albert-Birot (*Poemas cotidianos*) y del uruguayo Alfredo Mario Ferreiro (*El hombre que se comió un autobús*).